

NO ES SUFICIENTE UN DISCURSO, A VECES ES NECESARIO GRITAR

Luz Elena Sepúlveda Gallego
Profesora Titular de la Universidad de Caldas (1)
Manizales, 2002-08-30 (Rev. 2003-04-10)

RESUMEN

La salud y el medio ambiente son conceptos que han devenido contradictorios. Su complejidad, ahora escondida por intereses políticos, por inocencias desmesuradas o por ignorancia social, ha deseado la discusión geopolítica de ambos. Este artículo muestra claramente la reflexión a la cual tendríamos que abocarnos como profesionales, culpables y colombianos.

PALABRAS CLAVE

Salud, ambiente, enfermedad. Tercer Mundo, justicia social, bienestar.

ABSTRACT

Health and environment have been nothing but contradictory. Its complexity now hidden by politic interests, illusions or social ignorance have as consequence the geopolitical disruption between them. This article clearly shows the meaning we have to learn as colombian professionals guilties.

KEY WORDS

Health, environment, illness, third world, social justice, comfort.

"Del mismo modo en que no es admisible que se imponga una tiranía con el pretexto de preparar a la población para disfrutar en el futuro de instituciones democráticas, es insostenible que se someta deliberadamente a la miseria a la mayoría de la población, con la excusa de que ello garantiza el bienestar futuro o la supervivencia de un sector de la economía".

Programa Venezolano de Educación Acción en Derechos Humanos.

PARA LA INTRODUCCIÓN, UNA CATARSIS Y MIS DISCULPAS

Unas líneas sin escribir, una inmensa contradicción entre lo teóricamente aceptado y la realidad que día a día veo, son los elementos con los que me enfrento para empezar a escribir esta ponencia. Quisiera poder enlazar palabras para formar frases hermosas y optimistas, me gustaría poder describir situaciones que, de alegría, nos hicieran brotar lágrimas, pero no puedo, hablar de salud y de medio ambiente como colombiana, latinoamericana o tercermundista es en sí mismo doloroso, triste y deprimente; pensar en lo que habría que hacer me genera un gran sentimiento de impotencia pues hasta en mi cotidianidad como docente me siento arando en el desierto. Son tan grandes y poderosos los intereses internacionales que cuando pienso en ello me siento insignificante, es tanto el trabajo que falta por hacer y tanta la gente que se requiere para ello que siento que mi vida entera no será suficiente para siquiera presenciar los primeros cambios.

Para poder continuar necesito asirme de algo que me permita teñir mi pesimismo de optimismo, que me ayude a pasar del lamento al sueño capaz de volverse realidad. Me aferraré a un hilo elástico y débil que entre todos podríamos convertir en una trenza fuerte y poderosa, me asiré de los conceptos, de las implicaciones de los conceptos, de lo escrito, de lo discutido, de lo no real.

EMPECEMOS POR LA SALUD

¿Es la salud la antinomia de la enfermedad?, ¿es la salud el polo izquierdo del proceso salud-enfermedad?, ¿es la salud un estado diferente a la enfermedad?, ¿qué importancia tiene unir o separar los conceptos de salud y

enfermedad? Resolver estos interrogantes no es un asunto simple, cada uno de ellos tiene serias implicaciones y, aunque no se reconozca públicamente, cada uno tiene estrechas relaciones con las decisiones políticas administrativas que se toman en los países.

Ver la salud como la antinomia de la enfermedad puede ser muy útil para algunos. Si no siento enfermedad es porque estoy sana, es más, si mi enfermedad depende de la crítica situación del país y puede entenderse como derivada del estrés o como de origen psicógeno, también estoy sana porque "tranquila eso no es nada" será, en la mayoría de los casos, el diagnóstico del médico de la IPS y "tiene que aprender a manejar su estrés", "debe aprender a descansar unas horas al día", "no se preocupe tanto", será su terapéutica. Así, la salud es antónimo de la enfermedad física pero puede convivir como concepto con el de la enfermedad tradicionalmente denominada psicógena en tanto ésta permite claramente entregarle la responsabilidad de su aparición y de su cura al paciente, en un plano netamente individual que olvida el contexto social en que vivimos y que nos define como humanos.

¡Qué paradoja! En el plano teórico la medicina cada vez avanza más en el entendimiento social de la enfermedad, pero cuando se llega al plano práctico del ejercicio médico se olvida de ello; no sé si sea un olvido intencional, mi esperanza es que no lo sea.

Me atrevería a decir que este concepto de salud es el prevalente en el ciudadano de a pie y, claro está, es muy conveniente para el establecimiento. Con él no se puede estar enfermo de pobreza, injusticia o desempleo, sólo se puede estar enfermo de cosas como infarto, aneurisma, trauma, sinusitis... Visto así, lo que importa para la política nacional de salud es tener hospitales y centros diagnósticos capaces de detectar e intervenir patologías susceptibles de ser manejadas con medicamentos, es formar médicos técnicos asépticos de sociedad, limpios de conciencia social, ciegos ante la inequidad, dedicados a la intervención individual de la enfermedad; no tiene mayor importancia la generación de lazos de real interacción entre los diferentes sectores estatales. Como es de esperarse, en medio de este contexto conceptual el llamado sector salud, que debería llamarse sector enfermedad, va por camino diferente al de agricultura, medio ambiente, educación o defensa en lo que al bienestar de la sociedad se refiere, aunque vaya por el mismo camino de los otros sectores cuando se habla de los aspectos macroeconómicos relacionados con las grandes ganancias de pocos y las inmensas pérdidas de muchos.

La salud como el polo izquierdo del proceso salud-enfermedad es también un concepto bastante difundido, ya no en el ciudadano de a pie, podría decirse que es más prevalente entre los trabajadores de la salud a quienes, para ser exactos, deberíamos denominar trabajadores de la enfermedad, enfermeros o... ¿enfermadores?

Por desgracia, a pesar de que ubico en el polo izquierdo de ese proceso a la salud, en la cotidianidad esto no tiene las implicaciones políticas que podrían suponerse con ese término. La salud está a la izquierda unida por una línea con la enfermedad que está a la derecha para representar un proceso continuo que implica una movilidad permanente del estado de cada persona a lo largo de esa línea. No se está completamente sano ni completamente enfermo, se está en algún lugar intermedio del proceso. El problema aquí sigue siendo el mismo que en el concepto antinómico de salud y enfermedad: ¿qué tanto se entiende y practica la base social de ambos polos del proceso? De nada sirve teorizar y llevar a gráficos bien diseñados esta forma de ver la relación entre salud y enfermedad si en el plano cotidiano sucede lo mismo que cuando hablábamos de la antinomia. ¿Cuál es realmente la construcción que ha generado el entender la salud y la enfermedad como un proceso?, ¿en qué aspectos de la cotidianidad de nuestros compatriotas se refleja?, ¿en qué hemos avanzado? Algunos podrán aludir al fortalecimiento de la promoción de la salud y, en parte, considero que tienen razón, sólo en parte porque en el plano conceptual la promoción de la salud también es válida dentro del concepto antinómico, sólo que allí lo que es un proceso es la enfermedad pues de estar no enfermo se puede pasar a estar enfermo y, como la enfermedad tiene unos factores condicionantes, intervenirlos se constituye en actividades de promoción de la no enfermedad, lo que en el proceso salud-enfermedad sería la promoción de la salud porque como el proceso es un continuo al hacer promoción de la no enfermedad se estaría haciendo promoción de la salud. Fácil e inteligente solución, se hace lo mismo pero, como la letra puede con todo, políticamente se queda mejor.

Aunque para algunos salubristas la tercera opción, entender la salud y la enfermedad como conceptos independientes, es tema superado, me atrevo a retomarlo y para ello haré un viaje en el tiempo, iré al año 341 antes de Cristo. Para Epicuro: "El peor de los males, la muerte, no significa nada para nosotros porque mientras vivimos no existe y cuando está presente nosotros no existimos" (2). Regresando del viaje podemos quedarnos un momento en el siglo XX para acercarnos a los requisitos de la salud que definió la OPS: la paz, la educación, la vivienda, la alimentación, la renta, un ecosistema estable, la justicia social y la equidad. Como notarán aquí no se habla de un adecuado funcionamiento del organismo del individuo, podría decirse que se habla de un adecuado desempeño en el ámbito social de esos individuos.

Separar la salud y la enfermedad nos lleva, irremediablemente, a generar los conceptos de no-salud y no-enfermedad como antónimos de salud y enfermedad, respectivamente. Esto podría ayudar en tanto podríamos dejarle a la enfermedad el campo de lo individual y concretar lo social en el territorio de la salud. Podría ser. Digamos que es una buena alternativa en el campo teórico pero, ¿dónde queda el reconocimiento del origen social de la enfermedad?, ¿qué lógica puede tener el ver al individuo desde un concepto y a la sociedad desde

otro?, ¿para qué pretender olvidar que lo que nos define como humanos es nuestra interacción? Demasiadas dudas, demasiadas contradicciones. La alternativa tiene que ser otra.

Tal vez haberle dedicado tanto tiempo a lo largo de la historia a definir, encasillar o enlazar los conceptos de salud y enfermedad ha sido un distractor y ahora tengo que reconocer que lo que hasta ahora he dicho es producto de ese distractor que bien podría denominarse atractor en tanto tiene el poder de encantarnos con discusiones que poco o nada le aportan a la transformación de la realidad social de nuestro país.

Tal vez sería más adecuado pensar que el problema no radica específicamente en que los conceptos de salud y enfermedad sean opuestos, complementarios o independientes, tal vez radica en la incapacidad de entender que la situación que aqueja a un individuo es producto de la sociedad donde vive, tal vez se ejerce desde la división del trabajo con la mirada reduccionista de las especialidades que impide el análisis global de cualquier situación, tal vez sucede por la falta de compromiso y entrega de los profesionales que por progresar de manera individual en la escala social siguen la normativa institucional o sus intereses personales sin siquiera detenerse a pensar en las implicaciones sociales de su quehacer, tal vez se expresa en la sucia discriminación de todo aquel que poco puede aportar al sistema económico, en la exigua valoración de lo nuestro o en la xenofilia avasalladora que despectivamente denomina a los colombianos como "chibchombianos", pues como dice Eduardo Galeano:

Nos han acostumbrado a olvidar lo que merece memoria y a recordar lo que merece olvido [...] El mundo no es "este" mundo, mutilada plenitud, humillada dignidad, ni el derecho es "este" derecho, coartada de un sistema que jamás dice lo que hace ni hace lo que dice (3).

¿Cómo es posible que aún sigamos denominando trabajadores de la salud a aquellos profesionales que dedican su espacio laboral a enfrentarse con la enfermedad clínicamente demostrable de sus congéneres?, ¿por qué un sociólogo o un agrónomo no se consideran trabajadores de la salud?, ¿para qué y para quién trabajan entonces?, ¿qué otro motivo lícito diferente a mejorar la producción agrícola y por ende el estado nutricional de nuestros compatriotas puede tener un agrónomo que labore en nuestro territorio nacional?, ¿qué otra finalidad diferente a mejorar la situación social de nuestro pueblo puede tener un sociólogo cuando se enfrenta a estudiar la dinámica de la sociedad?

¿En qué estamos?, ¿qué es lo que queremos? Lo pregunto aquí, desde una universidad pública que existe porque la sociedad la necesita en tanto la constituye en su ente pensante, desde una universidad pública que de la mejor forma posible debería retribuirle su existencia a la sociedad por medio de acciones, decisiones, formaciones y quehaceres transformadores de la dolorosa realidad que hoy vivimos y no mediante la formación de autómatas que responden de manera condicionada a los lineamientos que cada vez hacen más crítica nuestra situación de colombianidad.

Si entendemos la salud como un concepto complejo que hace referencia al bienestar en todas las esferas y que tiene como requisitos la paz, la educación, la vivienda, la alimentación, la renta, un ecosistema estable, la justicia social y la equidad, estamos aceptando que todos y cada uno de los profesionales somos profesionales de la salud, también estaríamos aceptando que en el momento histórico que vive nuestro país pensar que estamos saludables es la máxima expresión de la insensibilidad social: tenemos 27 millones de personas bajo la línea de pobreza y 6 millones bajo la línea de indigencia, el índice de desempleo sigue rondando el 20%, cada vez la brecha entre ricos y pobres es más grande, nuestro sistema educativo está de capa caída dedicado a mejorar indicadores y no calidad, cada día los listados de casas perdidas por falta de pago son mayores; es tan crítica la situación que para disfrazarla ya nos inventamos el término "cultura del no pago" que, mediante la culpabilización del individuo, justifica desde el punto de vista político la imposibilidad de pagar las deudas que tiene la mayoría del pueblo colombiano.

CONTINUEMOS CON EL MEDIO AMBIENTE

Desde mi perspectiva, la conceptualización del medio ambiente comparte elementos con la conceptualización de la salud. Para unos es sinónimo de naturaleza, de recursos naturales; para otros es también un concepto complejo que integra lo biológico con lo social y lo individual con lo colectivo y con lo referente a la humanidad como especie.

Desde su acepción como naturaleza o recurso natural el derecho constitucional a un ambiente sano estaría cubriendo sólo el tener algún grado de equilibrio dinámico en nuestros ecosistemas y una contaminación dentro de límites permisibles; allí no cabría hablar de injusticia social ni de violencia, sólo de arbolitos, fuentes de agua y efluentes industriales; tampoco se podría hacer referencia a la problemática internacional ni a la ubicación de nuestro país en medio de los intereses de todos los extranjeros que de una manera u otra valoran nuestros recursos naturales. No, sólo podríamos hablar de nuestros recursos y vanagloriarnos de ellos pues por ahora todavía conservamos la ilusión de que son nuestros.

En cambio si decidimos sufrir el dolor intelectual que produce enfrentarse a un concepto complejo de medio ambiente, tendríamos que aprender a mirar y analizar las implicaciones sociales, políticas y económicas de nuestro país, tanto a su interior como en medio de sus relaciones internacionales. No es asunto fácil, es más,

muchas de las ONGs que actualmente se declaran ambientalistas tendrían que reconocer que su mirada reduccionista hacia lo biológico les ha impedido ver el aspecto más importante, el social. En nuestro planeta es fácil recoger grandes cantidades de dinero para salvar una ballena o para conservar el delfín rosado del Amazonas, es fácil que los países destinen ingentes cantidades de dinero para conocer el exterior de nuestro planeta o para conseguir municiones que permitan diezmar la población; lo que es muy difícil es conseguir que se incremente la inversión social, que se vele por un ambiente social sano, que se evite la extinción de una etnia.

Y es que los intereses aquí son muchos. Los 'tercermundistas' tenemos un deber que no tienen los 'primermundistas', tenemos el deber de proteger nuestros recursos naturales, de conservarlos para la posteridad. En cambio, los 'primermundistas' tienen un derecho que no tenemos los 'tercermundistas', tienen el derecho al consumo. Ellos pueden consumir decenas de veces más que nosotros los recursos naturales, es más, ellos tienen derecho a contaminar más que nosotros. Estamos aceptando pues nuestra condición de antejardín, de stock de recursos y de sumidero del dióxido de carbono del primer mundo. Está claro, el deber de conservar se enmarca en el concepto biogeoquímico de ambiente y el derecho al consumo en el social. Asunto curioso si recordamos que la construcción teórica que fundamenta a la mayoría de los ambientalistas colombianos justamente proviene del primer mundo.

El daño del ambiente, en su acepción de naturaleza, se presenta como responsabilidad compartida de todos los habitantes del planeta, ahí sí, sin importar etnia, continente, poder económico o poder político. Todos somos responsables y todos tenemos que cambiar nuestros hábitos de consumo y de producción, ¡Qué ironía! ¿Cómo podemos pedirle a un niño tercermundista desnutrido que reduzca su nivel de consumo?, ¿cómo podemos pedirle a un país tercermundista que cambie su posible crecimiento industrial por un crecimiento de zonas forestales útiles para la absorción del dióxido de carbono producido por el primer mundo?

Hemos tomado al pie de la letra el mandato del primer mundo. La mayoría de los programas de educación ambiental de nuestro sistema educativo consideran que cuidar el medio ambiente significa no arrojar basuras a la calle o reutilizar el papel y el cartón. Con pocas excepciones la educación ambiental se dedica a teñir de verde algunos contenidos de urbanidad. No estoy diciendo que la reutilización, el reciclaje y la limpieza sean hechos poco deseables, claro que no. El asunto es que quedarse en ello denota una visión bastante miope del asunto ambiental. Una mirada más compleja del mismo nos permitiría develar los intereses económicos y políticos que existen detrás de ese velo verde que poco a poco de naturaleza se convierte en dólares. Exportamos nuestros recursos naturales a bajísimos costos que no incluyen el valor real de sus externalidades, nos quedamos con ausencias de recursos, deterioro ambiental y pobreza, regalamos nuestras riquezas; importamos material procesado que trae consigo un supuesto ideal de forma de vida y así compramos nuestra pobreza y nuestra dependencia.

Está claro, para que el primer mundo pueda tener un crecimiento económico estable es necesario un alto ritmo de consumo de sus habitantes; esa producción requiere, obviamente, una gran cantidad de materias primas que provienen de algunos países del tercer mundo. Así pues, su riqueza deriva de nuestra pobreza, a pesar de que en algunos discursos oficiales se afirme lo contrario, no es físicamente posible que todos los habitantes del planeta tengamos el actual nivel de consumo de los primer mundistas, algunos (la mayoría) tendremos que consumir muchísimo menos para que los otros (la minoría) puedan mantener o incrementar su actual nivel de consumo. Esto afianza aún más la existencia de una ética del deber del tercer mundo frente a una ética del derecho del primer mundo que hemos asumido en nuestro discurso y en nuestro quehacer sin siquiera entrar a cuestionar. Como lo dice Eduardo Galeano:

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones. Este ya no es el reino de las maravillas donde la realidad derrotaba a la fábula y la imaginación era humillada por los trofeos de la conquista, los yacimientos de oro y las montañas de plata. Pero la región sigue trabajando de sirvienta. Continúa existiendo al servicio de las necesidades ajenas, como fuente y reserva del petróleo y el hierro, el cobre y la carne, las frutas y el café, las materias primas y los alimentos con destino a los países ricos que ganan consumiéndolos, mucho más de lo que América Latina gana produciéndolos (4).

Si entendemos la complejidad del medio ambiente ¿qué profesional no tiene que ver con el medio ambiente?, ¿por qué se le entrega como objeto de estudio a los ambientalistas?, ¿por qué se asimila sólo con los principios de conservación y protección? ¿Dónde está el desarrollo de su componente social?, ¿cuándo lograremos que el análisis complejo del medio ambiente supere el plano netamente teórico y llegue a constituirse como elemento para la toma de decisiones a nivel nacional?

Es doloroso ver cuántas personas de nuestra ciudad se afectan profundamente al ver un perro callejero enfermo y supuestamente hambriento y cuán pocas comparten el dolor de los desplazados o el de los ancianos que por abandono y falta de seguridad social viven en las calles. ¿Para qué queremos atractivos bosques, hermosas

selvas, caudalosos ríos, indescritibles especies o deliciosas y exóticas frutas si nuestra gente muere de hambre y de olvido? ¿A quién le estamos guardando nuestras riquezas naturales?

Definitivamente no entiendo qué es lo que pasa. Tal vez estemos dormidos y esto simplemente sea una pesadilla, ojalá fuera una pesadilla porque de ella podríamos despertar; pero no es así, es la realidad. El único camino que tenemos es transformarla para no tener que padecerla.

PARA EL COLOFÓN, UN SUSPIRO Y UN GRITO

Como universitarios, supuesto ente pensante de la sociedad, hemos permitido que en la práctica la complejidad de la salud se reduzca a programas de atención a las personas y que la complejidad del ambiente se restrinja a programas de conservación de recursos naturales.

Para cambiar esta situación no es suficiente un discurso, ni una charla en la cafetería, es necesario que tomemos una posición diferente a la mal llamada neutralidad pues ésta, a mi manera de ver, es sinónimo de silencio, sumisión e indiferencia cómplice.

Para que algún día el derecho a la salud y el derecho a un ambiente sano sean realidad en el marco de la complejidad conceptual de los mismos, es necesario que todos nosotros, desde hoy y por siempre, nos sintamos trabajadores y constructores de la salud y del ambiente.

"Qué delirio. Me parece que estoy un poco loco. Pero como diría don Zorba, el griego, a los uruguayos nos falta un poquito de locura. Así que no me arrepiento. Porque muy racionalmente me consta que estas cosas no dependen del dinero, el dinero que no hay, ni lloverán del cielo, ni brotarán de las manos de Tabaré. Estas cosas nacerán de la gente, y sobre todo de la gente joven, si a la gente se le despiertan las ganas de hacerlas. Son cosas chiquitas. No acaban con la pobreza, no nos sacan del subdesarrollo, no socializan los medios de producción y de cambio, no expropian las cuevas de Alí Babá. Pero quizá desencadenen la alegría de hacer, y la traduzcan en actos. Y al fin y al cabo, actuar sobre la realidad y cambiarla, aunque sea un poquito, es la única manera de probar que la realidad es transformable" (5)

NOTAS:

1. Adscrita al Departamento de Salud Pública de la Facultad de Ciencias para la Salud. Coordinadora del Grupo de Investigación Medio Ambiente y Desarrollo.
2. EPICURO. Sobre la felicidad. Colombia: Norma, 1995. p. 24.
3. GALEANO, Eduardo. Úselo y tírelo. El mundo del fin del milenio visto desde una ecología latinoamericana. Colombia: Planeta, 1994. p. 27.
4. Ibid. p. 111.
5. GALEANO, Eduardo. Ser como ellos y otros artículos. Colombia: Tercer mundo, 1997. p. 84.

Close Window